

al principio habian tanto resistido, despues de conocidas las ventajas del nuevo establecimiento, y doctrinados en los misterios de nuestra religion, no pudieron resolverse á dejar á sus amados padres, y vinieron muchos de los principales á pretender con el Sr. virey que se diese á los nuestros la administracion de aquel partido. Solo en esto no pudo hallar S. E. á los jesuitas dóciles. Se negó el padre provincial abiertamente, como se habian negado tantas veces á los de Tepotzotlán sus antecesores, y el virey, edificado, añadió, por consejo de los padres mismos, un nuevo ministro á los dos que ántes trabajaban entre aquellas naciones.

El campo que lograban nuestros operarios en estas ciudades y poblaciones vecinas á la capital, era muy corto, respecto á las mieses que se veian blanquear en las vastísimas regiones de Sinaloa. Los dos varones apostólicos que allí dejamos, luego que pusieron el pié en la villa de S. Felipe, sin esperar á saber perfectamente la lengua, compusieron, sirviendo de intérpretes los antiguos pobladores é indios ladinos, un catecismo, y repartieron entre sí los pueblos vecinos, que parecian estar en mejor disposicion. El padre Martin Perez tomó á su cargo las poblaciones de *Cubiri* y *Bamóa*, á poca distancia de la villa, rio abajo. El pueblo de Bamóa estaba á seis leguas de S. Felipe, donde se habian establecido los indios que vinieron con Alvaro Nuñez en su famoso viage, y que por tanto, como los mas fieles aliados de los españoles, parecian mas dóciles. El padre Gonzalo de Tapia se encargó de los pueblos, rio arriba, *Baboria*, *Deboropa*, *Lopoche*, *Matapan* y *Ocoroiri*, lugar considerable á la orilla de otro pequeño rio, que desemboca en el Zuaque, ó rio del Fuerte. El destierro, la soledad, la habitacion, los alimentos estraños y escasos, los continuos sobresaltos de parte de unos bárbaros, tanto mas cabilosos y desconfiados, cuanto ménos capaces de sentir la cualidad y sublimes motivos que dirigen las acciones de sus nuevos huéspedes, eran unas consecuencias necesarias del ministerio apostólico, y que los hombres de Dios toleraban con una alegría y sinceridad de ánimo que admiraba á los mismos indios. Estos á los principios se recataban mucho de los padres, pensando que fuese su conducta como la de los primeros españoles que habian entrado á la tierra. Desengañados con la afabilidad y dulzura de su trato, se les oia decir en sus asambleas, que aquellos parecian *Yoris* (así llamaban á los españoles) pero no lo eran mas que en el color. Estos, decian, no traen armas de fuego, ni dan voces para pedir el maíz y el

sustento. Contentos con lo que nosotros voluntariamente les ofrecemos, no hablan ni tratan de minas, ni de esclavos, ni de mugeres, ni de otra cosa alguna, sino de *Virigeva*, que era el nombre que daban á Dios. Verdaderamente (concluian) deben de ser sus hijos ó hermanos. Con esta opinion, que en breve se divulgó entre ellos, comenzaron á venir en tropas de veinte y treinta; los padres, que á costa de un sumo trabajo podian ya explicarse medianamente en su idioma, y ayudándose tambien del catecismo, les daban á entender su lamentable ignorancia, y suavemente procuraban irles inspirando las verdades de nuestra santa religion. El fruto fué conforme á su celo. En el primer año se bautizaron, de solos los dos primeros rios, de Sebastian, de Evora ó Mocoquito y Petatlan, mas de dos mil, entre párvulos y adultos. De los primeros que se bautizaban, fueron muchas mugeres que vivian entre los españoles mismos en cualidad de criadas y aun de esposas, y de que muchas lo fueron despues, elevando á Sacramento aquel comercio infame. Los indios gustaban mucho y tenian á grande honor que fuesen los españoles sus padrinos para el bautismo, sucediendo este santo y espiritual parentesco á una especie de bárbara adopcion, de que hablaremos mas largamente en otra parte.

El padre Gonzalo de Tapia, luego que le pareció estar bastantemente hábil en la lengua mas universal del pais, determinó llevado de su caridad, penetrar la tierradentro. Llegó en esta espedicion hasta el rio del Fuerte. Bautizó muchos párvulos y muy pocos adultos, entre muchos que ardientemente lo pretendian; pero el padre, no pudiendo permanecer entre ellos, ni teniendo otro ministro que enviarles, quiso ántes dilatarles este consuelo, que exponer á la profanacion de la idolatría aquel divino carácter. Prometió volver á visitarlos y procurarles algun padre que los cultivase, y dió la vuelta á sus primeros cristianos.

Aquí no le fué posible trabajar mucho tiempo. Los españoles que trabajaban las minas en el real de Topía, en quienes la avaricia y el libertinage que reina por lo comun en semejantes lugares, no habia aun sofocado enteramente todo sentimiento de piedad, sabiendo que habia en Sinaloa, distante como cincuenta leguas al Oroeste ministros tan celosos, y careciendo ellos entre aquellas serranías de todo pasto espiritual, escribieron al padre Gonzalo para que pasase á favorecerlos, añadiendo que fuera de los españoles, tendria bien en que emplearse su celo, en muchos pueblos de indios, que encontraria sobre su cami-

no, y muchos otros de que estaba lleno aquel valle. El fervoroso padre se puso luego en marcha, no sin grande sentimiento de sus neófitos, de que algunos quisieron acompañarle. En el real de Topia pasó aquella semana santa, celebrando entre los suyos los sagrados misterios de nuestra redencion con singular consuelo. Predicó aquellos dias y confesó á todos los europeos: halló entre ellos muchos indios tarascos que trabajaban las minas, cuyo idioma hablaba con elegancia, á quienes con particular amor consoló con los santos Sacramentos, y animó á la virtud con fervorosas exhortaciones. Bajó prontamente al valle; recorrió los pueblos que habia de antiguos cristianos, que en nada lo erón sino en el nombre, y dejando alguna forma de cristiandad en aquellas desamparadas naciones, y borradas muchas huellas de la antigua supersticion, singularmente un ídolo de aquellos montes vecinos que santificó, colocando solamente la insignia santa de la Cruz, dejando en todas partes señales nada equívocas de aquel fuego que interiormente lo consumia; dió con la mayor brevedad que pudo vuelta á su amada Sinaloa, cuyos pueblos en su ausencia habia visitado y mantenido en su primitivo fervor, y aun aumentado con algunos bautismos el padre Martín Perez, añadiendo cuasi enteros los pueblos de Vres, Guazave y Sisimicari, al rebaño de Jesucristo.

Cuanto mas florecia la mision, tanto se aumentaba el trabajo de los padres, sobre quienes cargaba todo aquel gran peso. El catecismo era ocupacion de todo el dia. Se explicaba la doctrina por la mañana en la pequeña Iglesia. A esto seguia salir el misionero á visitar las rancherías, á consolar á los enfermos, á inquirir de una en otra choza los pleitos, las supersticiones, los escándalos, á impedir los abusos, y animarlos al trabajo. Las mas veces era necesario salir el padre con ellos á sus cortas sementeras, y enseñarles el manejo de algunos instrumentos que les habia procurado. Interin los hombres estaban en su trabajo, volvia el misionero al pueblo, se juntaban los niños y niñas, se les enseñaba el catecismo, ó dejando este cuidado á alguno de los mas fervorosos catequistas, era necesario ir á recorrer los demas pueblos, repitiendo en todos este mismo ejercicio. El santo sacrificio, el rezo, la oracion, un escasicísimo y muy grosero alimento, á que no sin horror llegaba á acostumbrarse el estómago, y un corto é interrumpido sueño partian lo restante del dia y de la noche; y aun en estos pequeños intervalos tenian mucho que ofrecer á Dios, ó en la piedad impórtuna de los neófitos, ó en las irracionales sospechas de los gentiles, ó en la

grosera curiosidad de unos y otros, que todo el dia habian de estar al derredor y cuasi sobre el padre, admirando todas sus acciones é interpretándolas, ó ya con supersticion que era preciso corregir, ó con necedades que era necesario disimular. Todo este tropel de incomodidades pasaban con una celestial alegría los padres Martín Perez y Gonzalo de Tapia, hasta que teniéndose en México individuales noticias de sus gloriosísimos trabajos, se les enviaron por cuaresma del año siguiente nuevos compañeros, muy semejantes en el espíritu, que fueron los padres Alonso de Santiago y Juan Bautista de Velasco; se le encomendó al primero el Rio de Sebastian de Evora, con los pueblos de Bacoburitu y Orobatu, y algunos otros menores, y se fijó su residencia en Mocorito. El padre Martín quedó con los pueblos del segundo Rio, como ántes estaba. Al padre Alonso de Santiago encomendó el padre Gonzalo de Tapia los pueblos de Lopoche y demas que tenia á su cuidado, miéntras para negocios importantes de la mision, partia á México, como prontamente lo ejecutó. El virey D. Luis de Velasco recibió al padre y á algunos indios que trajo consigo con suma dignacion, los mandó vestir, y concedió al hombre apostólico cuanto pretendia para la fundacion y aumento de aquella nueva cristiandad. Dióle algunos ornamentos, campanas é instrumentos músicos, de que mostraban mucho gusto los indios, y de las cajas reales señaló á cada misionero trescientos pesos por año. Dió el padre con suma diligencia la vuelta á Sinaloa, y ciertamente era allí muy necesaria su presencia.

Habia el Señor por sus justos juicios afligido á aquella recién nacida Iglesia con una epidemia, hasta entónces no conocida entre los indios. Acometiales una fiebre violenta, que despues de dos ó tres dias de un furioso delirio, prorrumpia en unas pústulas ó viruelas pestilentes que les cubrian todo el cuerpo. Muchos fuera de sí salian de sus casas, y obrando en ellos la costumbre, se echaban á bañar en los rios, otros se retiraban á los bosques, especialmente en los pueblos distantes de la cabecera, y allí postrados debajo de los árboles, se hallaban llenas las llagas de gusanos. Algunos que huyendo del contagio se acogian á los picachos y concavidades de los montes, allí acometidos del mal acababan sus vidas, y se hallaban despues sus cuerpos comidos de las fieras. Tal era el estado de las misiones cuando llegó el padre Gonzalo. No llegaban los padres á puerta de alguna choza, donde no oyesen dolorosos lamentos de las familias en la muerte de sus hijos, no se veia muger alguna que no tuviese cortado el cabello, ni hombre que

no lo trajese trenzado, ó que se adornase de sargas ó de plumas, que son las ceremonias de su luto. Los misioneros en estos días de aflicción, despues de ofrecer por sus amados hijos el adorable sacrificio, salían á recorrer todas las casas del pueblo. Bautizaban á los párvulos, catequizaban á los adultos cuanto permitian las circunstancias, confesaban á unos, ayudaban á otros, á otros enterraban. Dábanles por su misma mano muchas veces el alimento, proveíanles de algunas medicinas; y finalmente, practicaban con sus hijos en Jesucristo cuanto les inspiraba el amor y la ternura. El padre Juan Bautista de Velasco, hablando de la epidemia, dice así en carta escrita al padre provincial: „Hemos hecho lo que se ha podido para ayudar á estos pobrecitos en su enfermedad, buscando á unos en los montes, á otros en los arenales. Yo fuí á un pueblo donde bauticé como doscientos niños con mucho gusto de sus padres, y con la poca lengua que se puede catequizar á algunos adultos que estaban en peligro y bautizarlos, y como era la primera vez que oían hablar en su lengua de los misterios de nuestra fé, era notable su admiración, atención y gusto, trayéndome con mucha ansia de unas casas á otras, y acudiendo con muchos enfermos párvulos y adultos, medio arrastrando y medio cargándolos, como podían, pidiéndome con mucha instancia que los bautizase. Y algunos que con la fuerza del dolor no atendían tanto á lo que yo les decía, si querían ser bautizados y tardaban en responder, los parientes que allí tenían con grandísima ansia y eficacia, les decían que dijese *hiro*, que en nuestra lengua quiere decir *si*, repitiéndoselo muchas veces. De los muchos que allí bauticé se llevó para sí nuestro Señor grandísimo número. Lo que quiebra el corazón es ver que mueren muchos gentiles, sin bautismo, por ser nosotros tan pocos y ser imposible acudir á todos.”

Entre tantos motivos de dolor, ninguno tocaba á los misioneros mas al vivo como el que de tantos indios que se bautizaban, poquísimos ó ningunos había que pasaran de treinta años. Los que habían ya envejecido en días malos, perseveraban en su obstinación y causaban no poco daño en los demas que los miraban siempre con respeto, si alguna vez se les trataba de bautismo, aun en lance extremo respondían que querían ir donde estaban sus antepasados, y á la horrenda pintura que los padres les hacían del infierno, solo decían con frialdad: *ha hu haca bu*, queriendo dar á entender que aunque los atormentaran querían seguirlos. Pero movido el Señor á piedad, les mudó cuasi repentinamente los corazones. Así se explica el mismo padre Velasco en otra carta:

„Las mortificaciones que nuestro Señor nos envía llevándonos estos recién bautizados, nos ha recompensado en parte con un grande consuelo en las enfermedades y muertes de los viejos, sacándonos del cuidado en que estábamos deseándolos bautizar, y no satisfaciéndonos de su disposición, en este artículo nos contentamos con la precisamente necesaria, y su Magestad, que debe de quererlos para sí, se los lleva en bautizándolos, dejándonos muchas prendas de su salvación. Ocasión ha tenido el demonio con estas enfermedades de hacer guerra al Evangelio, y en la rusticidad de estos indios, es cosa sobrenatural, que advirtiéndolos mismos que las enfermedades habían venido despues que aquí entramos, y tratando esto entre sí, ni por eso extrañan ni dejan de bautizarse, ántes ellos mismos se responden que no mueren por nuestra causa, pues en sus enfermedades ántes los buscamos y les procuramos todo alivio. El padre Tapia fué á un pueblo en que no había habido peste. En comenzándose á bautizar, comenzaron á morir aprisa, y van muriendo tantos, que nos causa no poca lástima, aunque por otra parte consuelo de verlos ir bautizados. . . . Son tantos y tan maravillosos los efectos que cada día se ven de la predestinación en esta peste, que en parte nos suaviza el dolor de ver morir tantos, y se hace suavísimo el trabajo que se pasa en andarlos á buscar por los montes, espesos bosques, arenales y sementeras: yo hice una salida á unos pueblos de gentiles, cuya lengua no sabía. En llegando, me ofrecieron con muy buena y alegre voluntad mas de doscientos y cincuenta niños que bauticé, y para ayudar á los adultos, hice un catecismo en su lengua por medio de intérprete, y con cuatro palabras que les decía de nuestro Señor, y las mas por el papel, era grande la atención con que oían. Bauticé algunos enfermos, por pedirlo ellos con instancia, y cuando por no hallar mayor peligro dilataba el bautismo á alguno, para instruirlo mejor, quedaban ellos y sus deudos muy desconsolados diciéndome que los bautizase, pues estaban enfermos y habían venido á eso. Bauticé una gran cantidad de adultos, que me pareció tener peligro, sin los niños que se ha dicho, y casi todos los bautizados murieron.” Hasta aquí el fervoroso padre Juan Bautista de Velasco.

Ni fué la peste el único azote con que Dios quiso castigar á estos pueblos, si castigo puede llamarse el que les trajo tantos bienes: otro con ménos estrago no dejó de hacer en ellos mucha y saludable conmoción. Apénas iba mitigando un poco el furor de la epidemia, unos súbitos y violentos temblores de tierra se hicieron sentir por toda la ex-

tension de la Sinaloa. Este fenómeno nunca ántes visto entre ellos, los llenó de susto y admiracion, singularmente á los Zuaques, en cuyo pueblo principal llamado Mochicagui un montecillo vecino de viva roca, partiéndose á la violencia del movimiento arrojó por la abertura mucha agua. Los habitadores de Mochicagui, ménos bárbaros que los antiguos romanos en los tiempos de Curcio, se contentaron con echar en aquella caverna algunas mantas, y otros de sus mas preciosos adornos. Poco despues persuadidos á que aquella calamidad les habia sobrevenido por no tratar de bautizarse y seguir los consejos del hijo de Virigeva, que así llamaban por veneracion al padre Gonzalo de Tapia, vinieron á aplacar su cólera ofreciéndole muchos frutos de la tierra. El santo hombre tomó de aquí ocasion para desengañoslos de su grosero error, y darles á conocer el poder y magestad del Dios que adoraba y que habia venido á predicarles, y á quien jamás podrian tener propicio, sino recibiendo el santo bautismo. El susto de que estaban sobrecojidos, les hizo prometer por entónces lo que verosíblemente no se hallaban en ánimo de cumplir. Algo mas se aprovecharon los Sinaloas, nacion numerosa á las orillas del mismo rio del Fuerte, de quien tomó el nombre toda la provincia. Estos, con algunas mas luces enviaron semejante diputacion, pidiendo al padre Tapia que pasase á sus pueblos, y bautizase siquiera á sus párvulos. No juzgó el padre deber desconfiar de aquellas gentes que parecian obrar de buena fé. Se puso en camino, y como á diez ó doce leguas de la villa, encontró una Cruz. Unos gentiles que encontró sobre su derrota, le dijeron, que ellos habian colocado aquella santa señal, instruidos de unos cristianos que se habian retirado allí de Culiacán, huyendo del duro trato que les daban algunos españoles: que á sus nuevos huéspedes debian algunas noticias de la doctrina santa, y que noticias de su viage, le habian preparado una enramada en que descansase. Sobrevinieron entre tanto los cristianos de Culiacán suplicando al padre que quedase allí aquella noche, prometiéndole para acabarlo de persuadir, que le fabricarian otra enramada semejante en que pudiese á la mañana decir misa, que habia algunos años que no oian. Condescendió el padre con la piedad de aquellos fieles, bautizó algunos, y celebrado el santo sacrificio que oyeron con grandes demostraciones de devocion é interior consuelo, los exhortó á cumplir con las obligaciones de cristianos y á procurar la salvacion de otros muchos, y con promesa de volverlos á visitar y de proveerles de un ministro, pa-

só á los pueblos de los Sinaloas. Examinó las disposiciones de aquellas gentes que le parecieron no estar muy distantes del reino de Dios, y con algunas mas noticias por la vecindad de la antigua villa de Carapoa. Les hizo algunas exhortaciones, que parecian oír con gusto, prometió volver de espacio, y bautizó algunos párvulos, y dió con diligencia la vuelta á Ocoroiri.

Por diciembre de este año, se juntaron todos los padres á celebrar la pascua de Navidad. Estas pequeñas asambleas que apénas podian ser mas de una vez al año, eran de un extraordinario consuelo á aquellos ejemplarísimos varones, que aunque agoviados al peso de tantas apostólicas fatigas, hacian un grande aprecio de las menudas observancias de su santísima regla. En ellas daban al superior exactísima cuenta de su conciencia: conferenciaban el modo de proceder uniformemente en la labor de aquella viña: renovaban en manos del superior sus votos religiosos, y con los ejercicios de nuestra caridad y espirituales coloquios, salian animados y encendidos en nuevos deseos de emplearse únicamente en la obra del Señor. Tal es la edificativa idea que de la junta de esta pascua nos da el padre Alonso de Santiago en una suya en que dice así: „En uno de estos dias de pascua, ántes de amanecer, renovamos nosotros los votos, precediendo la confesion general, y el dar cuenta de la conciencia, y aunque somos poquitos no fué pequeño sino muy extraordinario el consuelo y gozo espiritual que sentimos, &c.” Fuera de los misioneros, se habian embocado todos los españoles de la villa, y todos los cristianos de los tres primeros rios, de Mocerito, Petatlán y Ocoroiri. Se convidaron tambien los gentiles de los pueblos vecinos, para cuyo hospedage se dispusieron grandes enramadas. Era un espectáculo de mucho consuelo para nuestros operarios, y de admiracion para los mismos indios, verse muchos centenares de hombres tan hermanados y tan unidos en unos mismos sentimientos de piadosísima alegría, que ántes no se veian jamás juntos, sino para las guerras y para las mas atroces hostilidades. Cuando estaban fabricando las enramadas, se oyó un indio venerable por su ancianidad, y muy fervoroso cristiano hablar á los demas de esta manera. „Trabajemos, hijos y hermanos míos, con mucho gusto y alegría para la fiesta grande del Señor. Ya se acabaron las enemistades y las guerras; ya somos como los españoles, y no tenemos mas que un corazon con que nos amamos mutuamente. Esto es lo que han hecho en nosotros nuestros amados padres por el santo bautismo, nos han quitado nuestros malos corazones, y nos

han dado á todos uno mismo, lleno de caridad y de amor. ¡Cuánto agradecimiento debemos á estos hombres que sin mas interés que el de nuestro bien, han dejado sus tierras, sus casas grandes, sus manjares delicados, por venirnos á enseñar el camino del cielo." Así habló aquel neófito con atencion y aplauso de los demas. Sin embargo, como la dulzura con que el Señor anima á sus siervos en el mundo, jamas está separada de la Cruz, permitió su Magestad que aquella misma noche no careciesen de un gran susto. Un indio llamado Alonso Sobota, que en años pasados se habia bautizado, y apostatado despues de la fé, sabiendo que para la mayor solemnidad se habian convidado los gentiles Zuaques, se fué á ellos y les dijo: „Yo soy vuestro amigo y no puedo dáros mayor prueba, que revelaros un secreto en que se interesa vuestra vida. El convite que los padres nos han hecho, no es sino para acabar con nosotros. Intentan poner fuego á las enramadas en lo mejor de vuestro sueño. Los españoles armados cercarán las casas y darán la muerte ó harán esclavos á los que perdonaren las llamas. El padre Gonzalo de Tapia es el autor de este ardid, que ya en otra ocasion le salió bien en México á costa de la vida de muchos indios incautos. Si por no dar sospecha á los españoles hubieren de ir algunos de vuestros pueblos, sean pocos y prevenidos para no entrar en la Iglesia, ni dormir en las casas que tienen preparadas. Dejad que perezcan solo los de Ocoiroi, que son vuestros enemigos y han querido fiarse de semejante gente. Los Zuaques no dejaron de pasar la noticia á algunos de Ocoiroi. El cacique de este pueblo respondió que él y todos los de su pueblo estaban muy satisfechos de las piadosas intenciones de sus amados padres; pero á pesar de esta generosa respuesta, no dejó de echar aquel aviso alguna impresion en los ánimos. Asistieron pocos á los maitines, que se cantaron á son de instrumentos con grande sorpresa y gusto de los asistentes. Entre tanto, en el aposento del padre Gonzalo, vecino á la Iglesia en que todo era de paja y de leña, con la luz que acaso quedó encendida, prendió fuego la mesa, que era del mismo material. Este pequeño accidente iba á arruinar del todo la obra de Dios y cerrar la puerta al Evangelio. El fuego habria consumido muy en breve la casa, la Iglesia y ornamentos. Los indios se habrian confirmado en la traicion de que los previno el malvado apóstata y hubieran dado muerte á los padres y los españoles, ó huido para siempre á los montes. La providencia del Señor previno tanto daño disponiendo que al mismo tiempo entrara un indio que servia al padre y apagara fácilmente el incendio.

Despues de celebrado el santo sacrificio, les hizo el padre Martin Perez una declaracion del misterio tiernísimo de aquella noche y una fervorosa exhortacion. El resto de la noche, ya recobrados del susto y desengañados, la gastaron los mas de ellos en danzas y en bailes que era su modo de celebrar las fiestas. „El padre Tapia y yo (dice en una suya el padre Martin Perez) vimos muchos indios, que adornados de plumages y cascabeles, entraban y salian bailando en una casa vecina. Fuimos temerosos de alguna supersticion, y hallamos muchos sentados cerca de un círculo de arena, mayor que un mapa-mundi, en que tenian pintadas con colores varios muchas figuras de animales, y entre ellos la de un hombre, una muger y un niño. Dijeron que aquellas figuras representaban á Dios padre y á la Virgen con su niño. Esta, añadieron, es la sementera; este es el rio; esta es tal culebra ó tal animal. Pedimos al Señor y á la Virgen, y á su hijo, como nos dijiste esta noche, que nos libre de que crezca el rio y de que nos ofendan estos animales, y que cuiden de nuestras sementeras." Sin embargo de una interpretacion tan piadosa, no juzgaron los padres deberles permitir una ceremonia tan semejante á la antigua supersticion. Dijéronles que en la Iglesia estaba el niño con su madre muy hermosa, y como ellos no podrian jamas pintarla, que allá podian ir á danzarle y pedirle el remedio de sus necesidades. Estos grandes círculos de arena, estas figuras y esta danza por ocho dias continuos, era el rito con que celebraban una especie de adopcion en su gentilidad; pero á mas de esto añadian entónces algunas otras ocasiones no menos simbólicas que las figuras, los que habian de ser adoptados estaban recogidos aquellos ocho dias en otra casa semejante frente de aquella en que se hacian los círculos, y en las cuales en todo ese tiempo no podia entrar muger alguna. Pasados estos dias venian á tomar cada uno sus adoptivos, les armaban del arco, les abrian mucho los ojos demostrando la vigilancia necesaria para ver venir y evitar las flechas enemigas. De allí, convidándolos con cañas de tabaco, los llevaban á la casa de enfrente, borraban las figuras y les fregaban el cuerpo con la arena, y en una especie de procesion los pasaban luego á sus casas donde los cuidaban sin diferencia alguna á sus hijos naturales.

La mision de Sinaloa, en que ya habia fundadas como veinte Iglesias, no podia sostenerse sin un cercano colegio, á que en caso de enfermedades ó semejante otro acontecimiento, se retirasen los sugetos, y á que reconociesen por cabeza. Algunos años ántes de ser destina-

do á Sinaloa el padre Gonzalo de Tapia, habia hecho con el padre Nicolas de Ardaya una fervorosa mision en la ciudad de Guadiana, que pareció el lugar mas á propósito, donde desde entónces habian quedado los ánimos muy propicios á nuestra religion. Esto movió á su gobernador D. Rodrigo del Rio y Loza á pedir al padre visitador á los dos padres, que despues, mudada la determinacion, se destinaron á Sinaloa. Por los años de 1593, con ocasion de cierto negocio, pareció necesario enviar á aquella ciudad al padre Martin Perez con otro compañero. Estos religiosísimos padres, persuadidos á que en la Compañía ningun oficio ó comision debe quitar el tiempo á los ministerios que ceden en provecho de las almas, todo el tiempo que les fué forzoso detenerse en Guadiana, lo ocuparon en la diaria esplicacion de la doctrina cristiana, en las exhortaciones y confesiones. Compusieron por medio de intérpretes un catecismo en la lengua mas universal del pais para la instruccion de los indios. Entre los españoles, y singularmente entre personas de distincion, se compusieron varias enemistades ruidosas. De la ciudad se estendió su celo á los lugares vecinos. En uno de estos, dos personas ricas y principales fomentaban entre sí mas habia de ocho años, un ódio mortal. La gente popular, que con poco motivo toma partido en casos semejantes, estaba dividida en dos facciones. Llegaba á tanto el rencor, que no habiendo mas de una Iglesia en el pueblo dejaban de asistir al santo sacrificio aun en los dias de precepto las dos familias, por no concurrir con sus enemigos en el templo; bien se deja entender el escándalo y las fatales consecuencias de tan loca pasion. Muchas personas celosas habian procurado inútilmente el remedio. El padre Martin Perez, despues de algunos sermones y conversaciones privadas, lo consiguió con facilidad. Los dos gefes de partido convinieron en ciertas capitulaciones, se abrazaron públicamente, y comieron juntos á una mesa con asombro y edificacion de todo el lugar. Habia entrado en poder de un hombre rico no pequeña parte de los bienes de un difunto; pero tomándole juramento lo negó todo abiertamente. Se le conminó primero y se le reconvino despues con excomunion. Nada bastó; ántes sin hacer caso alguno de las censuras, asistia con horror del pueblo á los divinos oficios cada dia mas obstinado. El padre le habló á solas; le presentó con viveza el funesto estado de su alma, y el pernicioso ejemplo que daba al pueblo. Resistióse con bastante dureza algun tiempo; finalmente, tocado interiormente de la gracia por medio de los ruegos, de las súplicas, de las ame-

nazas, y de todos los artificios de una elocuencia viva y penetrante, confesó haber entrado en su poder nueve mil pesos, que restituyó luego al mismo padre, pidiendo con muchas lágrimas misericordia á la Santa Iglesia, y absolucion de la censura. Estos y otros muchos casos semejantes habian sido muy públicos para que no se conociera la utilidad de un instituto que formaba hombres tan provechosos. Habiendo de partir para México el padre Martin Pelaez y su compañero, fué necesario satisfacer á sus piadosas instancias, enviándoles otro padre que perpetuase el fruto. El gobernador y algunos otros de los mas distinguidos ciudadanos, ofrecian para la fundacion veintidos mil pesos y unas casas. Escribieron tambien de su parte á N. M. R. P. general, y el padre provincial Pedro Diaz en carta de 31 de marzo de 1594, esfuerza bastantemente la utilidad de aquel establecimiento. En efecto, la ciudad de Guadiana es la puerta de los vastos paisés en que para la salud de innumerables almas ha trabajado tantos años la Compañía de Jesus. Las provincias de Tepehuana, Taramara, Sinaloa, Topia, Nayarith y Nuevo-México, cuyos límites ácia el Norte no están aun conocidos, son de su jurisdiccion, especialmente despues que por los años de 1621 se dividió entre Durango y Guadalajara el obispado de la Nueva-Galicia. Este pais conquistó por los años de 1551, de orden del virey D. Luis de Velasco, el primero, Francisco de Ibarra, cuyo nombre conservó algun tiempo. Desde Zacatecas, por medio de Alfonso Pacheco, uno de sus mejores oficiales, mandó una colonia al valle de Guadiana, que fué despues la capital de la Nueva-Vizcaya. Esta tierra, bastantemente fértil de todo género de frutos de Europa y de América, la riegan muchos rios, entre quienes los principales son el de Conchos, que desemboca en el rio grande del Norte, el de las Nasas, que forma la gran laguna de S. Pedro, y el de la punta, que desagua en el mar del Sur. Los rios del Norte y el Conchos se juntan como á noventa leguas al Nordeste de Chihuahua, pequeña villa en la provincia de Taramara. El terreno hasta ahora conocido se estiende desde los veinticinco hasta los treinta y tres grados de latitud septentrional. El primer obispo de esta diócesis fué el Illmo. Sr. D. Fr. Gonzalo de Hermosilla. Todo el pais generalmente es montuoso y preñado de las mas ricas minas de la América. Las mas famosas son las de Indehé de Guanacevi, las de Topia y muchas en el Nuevo-México y la Sonora, singularmente la de Arisona, de que en estos últimos años, segun la relacion del Illmo. Sr. D. Pedro Tamaron, se han sacado pe-

204  
rad m...

dazos de plata hasta de ciento y cuarenta arrobas. † La ciudad tiene conventos de S. Francisco, S. Agustin, S. Juan de Dios, colegio de la Compañía, y un Seminario á direccion de los mismos padres, á que está adjunto el Tridentino con doce veces que mantiene la mitra. Villaseñor da á Durango como veinticinco mil almas fuera de los indios. En este obispado, dice el maestro Gil Gonzalez Dávila, la religion de la Compañía de Jesus con la solicitud de sus piadosos y vigilantes obreros, ha cogido abundantes y maravillosos frutos para el cielo, asistiendo en sus provincias por orden de S. M., que de sus rentas reales sustenta en ellas setenta y cinco religiosos sacerdotes. Han convertido en ellas mas de trescientas mil almas, edificado mas de cien Iglesias, y con su blandura y paciencia cristiana han amansado la fiereza de infinitos bárbaros, persuadiéndoles á vivir en poblado, con ley, religion y gobierno.

Estos bellos progresos de la fundacion de Guadiana se debian á las expediciones continuas que hacian nuestros operarios desde la residencia de Zacatecas. Aquí se vió una nueva esperiencia de aquella verdad tan averiguada en todas nuestras historias, y nunca para nuestro consuelo bastantemente repetida, que nunca son mas gloriosos ni mas útiles nuestros ministerios que cuando los fecundizan las aguas de las muchas tribulaciones. Las murmuraciones privadas y aun públicos sonrojos que en esta ciudad habian sufrido con heroica paciencia los padres, acabaron de manifestar á los vecinos todo el fondo de su caridad, y les grangearon mayor estimacion. A instancias de los mas nobles españoles, que nada apreciaban mas de la Compañía que el cuidado de la educacion de la juventud, se puso este año un maestro de gramática, y poco tiempo despues se agregó otro, que tomando desde mas alto el cultivo de aquellas tiernas plantas, les diese con los principios de leer y escribir los primeros elementos de la virtud. Con este nuevo motivo de frecuentar nuestra habitacion vinieron los mismos ciudadanos en conocimiento de su incomodidad. Estaba algo distante para la diaria asistencia de los niños, y en el declive de un cerro de los muchos que coronan á esta ciudad y que la enriquecen con sus minas.

† Esto es tan cierto como que los reyes Felipe V y Fernando VI declararon por dos reales cédulas que estos placeres de plata eran patrimonio de la corona de España, y no entraban en el número de los fondos metálicos, cuyo dominio útil concedia á sus vasallos. En años pasados unos ingleses solicitaron colonizar en aquellos puntos: la junta de Californias vió el mapa, halló que comprendian el punto de *Arizona* y se negó á esta pretension. Estos caballeros no se saben perder.—EE.

Año de 1594

El siguiente año de 1594 fué fecundo en sucesos muy milagrosos á nuestra provincia. A principios de él habian venido con el padre provincial treinta y siete sugetos, y por superior de todos el padre Estevan Paez, destinado provincial de Nueva España. No podemos omitir un pasage de tanta edificacion en carta de él mismo á nuestro padre general. „Díonos, dice, nuestro Señor, muy feliz navegacion (aunque se temia trabajosa) por medio de las oraciones de V. P. y de toda la Compañía, especialmente de esta provincia y de la de España, en que se señaló bien la de Andalucía, comò mas cercana al punto, y que tanta esperiencia tiene del riesgo que se corre en estas navegaciones tan tardías; porque entre otras cosas que los padres y hermanos de aquella provincia con su mucha caridad ofrecieron por el buen suceso de nuestro viage, fueron *un mil setecientos y cinco misas, dos mil setecientos y catorce rosarios, y mil ochocientos y veintiseis disciplinas*. Venimos todos los treinta y ocho en un navío, y aunque con alguna estrechura por ser tantos, pero con mucho consuelo y union extraordinaria, y bien ocupados así en ejercicios espirituales para el aprovechamiento propio, siguiendo la misma distribucion que en un colegio concertado, llamándose á oracion y exámenes, á levantarse y recogerse con campanilla, y diciéndose todos los dias á la mañana el itinerario y á la noche las letanías, á que asistian los de la nao, como tambien en ocupaciones cotidianas de lecciones y disputas de letras humanas, filosofia y teología, por venir estudiantes de todas estas facultades, y en la explicacion de la doctrina cristiana, exhortaciones y todo género de ministerios con los prójimos, con que los de nuestra nao fueron bien ayudados y edificados.” Hasta aquí el padre Estevan Paez, dándonos en breves palabras un vivo retrato de la caridad de unas provincias y sugetos con otros, y de la regular observancia, aun cuando las incomodidades de una larga navegacion parecian deber remitir algun tanto el rigor de la religiosa disciplina. Ya despues de esto no se ha de admirar que el navío donde vino nuestra mision, llevado, digámoslo así, por la amable providencia del Señor, sobre las alas de los vientos, siguiendo un rumbo extraordinario, llegase al puerto de Veracruz mucho tiempo ántes que el resto de la flota, sin muerte ó enfermedad de alguno de los pasajeros, y sin mas susto que el de algunos amagos de mal tiempo, que solo parece los permitia el Señor para que se viese mas claramente la confianza de sus siervos y la eficacia de su fervorosa oracion.

Vino tambien destinado de Roma primer prepósito de la Casa Pro.